

El Imparcial de Levante

SEMANARIO INDEPENDIENTE

ÓRGANO DE LA OPINIÓN DEL PAÍS

DIRECTOR DIEGO AZNAR CASANOVA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cuevas trimestre 1,50 ptas.
En el resto de España " 2 "
Extranjero semestre 5 "
Pago anticipado

TODA LA CORRESPONDENCIA AL ADMINISTRADOR
D. PEDRO GONZÁLEZ GARRIDO

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

TARIFA DE ANUNCIOS

En primera plana línea 0,25 ptas.
En segunda id. id. 0,20 "
En tercera id. id. 0,15 "
En cuarta id. id. 0,10 "

¡SALUD A TODOS!

No sin emoción hemos quitado la última hoja del almanaque de 1913, dejándola que el viento se la lleve con los últimos momentos del año pasado, y hemos levantado la tapa del Almanaque de 1914 en los primeros momentos del presente año... Entramos en el segundo año que vé la luz pública nuestro semanario... Saludemos en nombre de él a nuestros amigos, a nuestros colaboradores, a nuestros favorecedores y hasta a nuestros detractores, si es que algunos tenemos, deseando a todos, sin excepción alguna, todo género de venturas y parabienes. También ofrecemos nuestra casa periodística... Desde hace algunos días, nos honramos en tenerla y en ofrecerla, en el mismo edificio que en la calle de García-Alix ocupa el Centro Obrero de esta Ciudad.

¡Salud a todos! Esperamos que seguirán dispensándonos la cooperación más eficaz, para que esta hoja periodística que que no pocos desvelos y afanes nos cuesta, siga siendo con tanta modestia como energía, portavoz de cultura y de progreso.

Humoradas

y alguna verdad

LA VANIDAD EN LITERATURA

¿Se injuria a un escritor cuando se le dice que escribe mal, siendo verdad? El buen sentido lo niega, pero la vanidad profesional lo afirma. Hay hombres

que ponen su honra en los libros que escriben, y se creen más ofendidos por el juicio desfavorable de un crítico, que por una sentencia condenatoria. Se asemejan a ciertas mujeres que se creen más ofendidas cuando se discute su belleza o la elegancia del traje que visten, que cuando se pone en tela de juicio su virtud. ¡Incurable y ridícula vanidad! Los literatos tienen la dignidad en el estilo, y las mujeres en la ropa o en la epidermis. Y, bien mirado, en casi todos los literatos mediocres, hay una mujer presumida y a menudo fea. Y cuando el literato además de presumido es envidioso, cosa frequentísima, es dos veces femenino.

Pidamos al que todo lo puede, haga que nuestros escritores no dejen de ser hombres por ser solo literatos, y nos libre del profesional afectado y pedantesco, del *mico estético*, que encuentra más belleza en una correcta estrofa o en un párrafo cincelado, que en un rasgo heroico, en una vida pura o en una acción generosa.

Sé de un escritor mediocre, que se consideró gravemente injuriado por que un compañero, al mencionarlo, le llamaba escritor distinguido. ¡Irreverencia tal no podía consentirla! ¡Él no era distinguido! Eso lo es cualquiera en estos tiempos de bajana adulación y plétora de adjetivos. ¡Él era, lo menos, ilustre! ¿Cómo no si había escrito, dos novelas, seis dramas, tres libros de crónicas, y era además, diputado, y por contera candidato a ministro? ¡y todo su ser se conmovía y temblaba a impulsos de una santa

indignación! ¡Bienaventurados los que creen más en sí mismos, que en la eficacia de los adjetivos que los otros les aplican y no solicitan ser llamados ilustres, contentándose con ser discretos o por lo menos honrados!

La fraternidad es imposible en literatura. Antes veremos a Francia y Alemania unidas, a los rusos y japoneses coligados, y a las mujeres hablando bien unas de las otras, que a dos novelistas amándose cordialmente y a dos escritores o dramaturgos haciéndose justicia. Larra lo dijo: las palabras *literato* y *envidia* son sonórimas. Este sería un bien, si los envidiosos limitaran sus malas pasiones a descuartizar literariamente al envidiado, con lo cual lejos de disminuir, aumentarían su fama y su crédito, pero no se paran ahí: ¡Tiene la envidia tantas armas y todas de tan mala ley! Conozco a un literato que tenía la desgracia de tener más talento que sus compañeros, y hacia de él franca y brillante ostentación con la pluma y la palabra. ¡Esto no podían consentirlo los humillados! Ellos le perdonaban que tuviera talento, con tal de que no hiciera gala de él. Y mi amigo, entre quedarse mudo y manco por complacerlos o emigrar, optó por esto último y se marchó a la sierra, donde actualmente se encuentra, acaso predicando a los pastores, a esos simpáticos pastores que oyeron sin pestañear el magífico discurso de D. Quijote y le comprendieron harto mejor que muchos literatos.

Cuenta la discretísima Carmen de Burgos (Colombine) en su li-

bro sobre Leopardi, que éste gran poeta y pensador tuvo la desgracia (aparte de nacer genio y de estar enfermo) de enamorarse de una mujer vulgar, coqueta y desprovista de ternura, que se rió grandemente de la pasión que le había inspirado, amargando aún más con sus necias burlas la vida atormentada del gran hipocóndriaco de Recanati.

Parece que a aquella señorita (la llamaremos así) para excitar al poeta se ponía a besar efusivamente a todos los niños que a su paso encontraba, procurando ser vista del gran escritor, que ingenuo y sensible, como todos los altos espíritus, creía que su amada era la más dulce y cariñosa de todas las mujeres. Bien pronto pudo vencerse de lo contrario, pues la señorita, después de alentarle para que declarase su amor, se mojó cruelmente de él.

El fenómeno es muy viejo. La naturaleza crea poquísimas mujeres para compañera del genio. Leopardi hubiera sido aún más infeliz de lo que fué, si llega a unir su destino al de la citada señorita. Ésta no podía comprenderlo. No había nacido para esposa de un gran artista, sino para hembra de cualquier macho con bigotes. Un robusto soldado de artillería, la hubiera agradaído más y hecho más dichosa que Leopardi.

Pascual Santacruz.

SECCION FEMENINA

Queridas lectoras:

Ayer entretenía yo un rato el ocio leyendo la prensa londinense, y en uno de esos periódicos, sabana por su extraordinario ta-